

Artículo original | Original article

Mucho mercado para la conservación y poca sustentabilidad para el ambiente

[Too much market for conservation and Low sustainability for the environment]

Martín López Flores

*Universidad Autónoma de Baja California Sur. La Paz BCS. México.
Contacto / Contact: marislamn@hotmail.com*

Abstract: In the present essay we support the main idea that a sustainable development cling to the theoretical principles of environmental economy expressed in the market mechanisms for conservation, do not serve fundamentally to stop and reverse the realities of the economic development that have been damaged the environment very fast since the post war (1945). This essay focuses in the very epistemological and valuable basis of the environmental economy and the market mechanisms for conservation. It tries to evidence the sophisms that lay under the actions of the environmental economy and its fallacies. We maintain that the market have had a great presence with its expenses but very flat achievements for the environmental sustainability.

Keywords: market mechanisms, environmental economics, externalities, environmental services.

Resumen: En el presente ensayo¹ nos proponemos abonar a favor de la idea de que un desarrollo sustentable anclado en los principios teóricos de la economía ambiental y expresado en el accionar de los mecanismos de mercado para la conservación, no abona sustancialmente para detener, y revertir, las externalidades con las que el desarrollismo económico ha venido agrediendo al medioambiente, con mayor vertiginosidad desde la posguerra (1945). El ensayo, centra su atención en los fundamentos epistemológicos y valorativos de la economía ambiental y de los mecanismos de mercado para la conservación, busca hacer evidente los sofismas que fundamentan su accionar y las falacias que de ello se desprenden. Con este ensayo buscamos sostener que, respecto a la conservación ambiental, el mercado, instrumento de la economía ambiental, ha tenido una participación abundante en gastos pero con logros reales muy anémicos para la sustentabilidad ambiental.

Palabras clave: mecanismos de mercado, economía ambiental, externalidades, servicios ambientales

Recibido | Recibed: 08 de Septiembre de 2015

Aceptado | Accepted: 20 de Abril de 2016

Aceptado en versión corregida | Accepted in revised form: 20 de Abril de 2016

Publicado en Línea | Published online: 31 de Diciembre de 2016

Este artículo puede ser citado como | This article must be cited as: López, M. (2016). Mucho mercado para la conservación y poca sustentabilidad para el ambiente. *Sustentabilidad(es)*, vol 7 (núm.13): 115 – 137.

¹ El presente ensayo es parte de una investigación doctoral donde se revisa críticamente, desde la Racionalidad Ambiental, los alcances de sustentabilidad de los mecanismos de mercado para la conservación y parte de él se presentó en el segundo Coloquio de DESyGLO en La Paz BCS México en febrero del 2014.

López, M.

Introducción

El mercado irrumpió oficialmente en la problemática de la conservación ambiental, luego de que en la cumbre de Río de Janeiro (1992) se designara al Desarrollo Sustentable, como la estrategia para alcanzar la armonía entre un crecimiento ininterrumpido de la economía mundial y el sano suceder de la naturaleza en su calidad de sistema reversible. Pero pese a las posibles buenas intenciones que en su estado original tuviera el Informe Brundtland (1987) sustento de esta propuesta ambiental, este ingreso del mercado en la arena de los debates ambientales se presentaba con una enorme loza a costas, con una lapidosa irracionalidad dentro de su discurso; esta irracionalidad estaba presente en la falsa postulación, en la equívoca afirmación de una armonía ininterrumpida, y una consonancia perdurable entre un medioambiente que contiene sistemas reversibles y **limitados**, y una economía que contiene un mercado globalizado cuya codicia es **ilimitada**; desde este sofisma codicioso y lapidario, los hombres constructores del mercado construyeron la falaz idea de que el medioambiente podía ser consumido, muy a nuestro pesar, de forma derrochada y sin más límite que el de la propia ambición.

² Al remitimos a la modernidad, lo hacemos pensando en el movimiento científico filosófico que data su punto de partida en la propositiva acción reflexiva que desde Bacon (1561-

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

Estos postulados se anclaron, históricamente, en dos juicios racionales que gestaron y nutrieron la esencia misma de dicha falacia, dos juicios fundamentales para la construcción de lo que habríamos de conocer como la modernidad científica²: por un lado, la reversibilidad de todos los sistemas con su consecuente no afectación del tiempo sobre los sistemas que los constituyen (Newton) y por otro lado, la potestad total que los hombres, a decir del génesis dicen tener sobre la naturaleza (Bacon).

Ambos juicios: la reversibilidad intemporal de la naturaleza transparentada en sus ciclos, con su consecuente sofisma de la inagotabilidad, aunada a la potestad del hombre sobre ésta en su calidad de recurso para la producción, servirían de fundamento a los burgueses decimonónicos a los que Sombart (1980) caracterizaba como fieles representantes de la codicia humana, para poder apropiarse y explotar en nombre del progreso y el desarrollo, de todos aquellos componentes bióticos y abióticos que podrían ser un factor o un insumo favorable para sus empresas y para la generación o incremento de sus fortunas.

Esta nueva burguesía decimonónica recibía con suma complacencia, para sus intereses

1626) y Descartes (1596-1650) se proyectará con el propósito de encontrar nuevos caminos para conseguir la verdad y para evidenciar los logros alcanzados en ese sentido.

López, M.

económicos individuales, las insinuaciones científicas sobre la inagotabilidad de los recursos, al tiempo en que miraba con muy buenos ojos las cavilaciones filosóficas sobre la disposición de esa naturaleza para el provecho y conveniencia de los hombres. Este deducir de una libertad completa, incluyendo en ello una supuesta ausencia de un propietario de la naturaleza, esta suposición en la mente economicista y en el espíritu de empresa del burgués, traería consigo una carrera febril por consumir a la naturaleza a grandes tragos y con una codicia novedosa. Así, la llamada Revolución Industrial que desde la medianía del siglo de las luces se fuera dando, lo mismo en la industria agrícola, que en la textil, en la acerera y en la de transportes, como lo señalara Wallerstein (1987), no muestra otra cosa que el crecimiento desmedido de una urgencia superlativa por obtener cada vez más ganancias a expensas de la explotación de un medioambiente que estaba ahí. Este mundo natural mudo, sin ningún guardián de sus componentes y de sus ciclos, estaba completamente libre para el beneficio del lucro humano: “La esfera del trabajo creció; los medios de producción se multiplica[ro]n y simplifica[ro]n un poco más cada día. [...] Los tesoros de la tierra se explotaron mejor y más abundantemente; el hombre producía y

³ Utilizamos el término de voceros de la naturaleza, para hacer referencia a todos aquellos pensadores que

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

consumía más, se hizo más rico. Todos estos cambios constituye [ron] la Revolución Industrial. (Briavoinne 1839, en Wallerstein, 1998:47).

Los hombres decimonónicos de empresa vieron crecer, gracias a la revolución tecnológica: los alcances de sus fortunas, los caprichos de su poder y la desmedida de su codicia, todo ello fincado en la efectividad de su mentalidad calculadora:

“Por mentalidad calculadora debemos entender, la tendencia, el hábito, pero también la facultad de reducir el mundo a cifras y ordenar estas cifras en un complejo sistema de gastos e ingresos. Las cifras, claro está, representan magnitudes de valor, y el sistema de estas magnitudes sirve para relacionar las deudas y haberes de forma tal que puedan deducirse de esta relación, las pérdidas o ganancias de la empresa” (Sombart, 1977:17).

Con este proceder de los hombres propulsores y defensores del mercado, de la codicia y del derroche de naturaleza, se fue perfeccionando y engrandeciendo ese espíritu economicista, lo que los llevó a perfeccionar las formas de consumir, de la naturaleza, todo lo que ella tenía cada vez en más grandes cantidades, hasta un punto en el cual, la naturaleza en sí, a través de los que habrían de ser sus voceros³,

desde la trinchera de la ciencia, fueron mostrándonos como se estaban dando los consecuentes nocivos, en la

López, M.

logró emitir las primeras quejas audibles ante la sordera empresarial formada por su codicia⁴. A los trastornos que las extracciones mineras le habían generado al planeta durante todo el siglo XIX, con el siglo XX se le habrían de sumar, a esos trastornos: la extracción y quema de los hidrocarburos, junto con las talas industriales de los bosques, el desgaste y contaminación de los mares, la saturación de la atmósfera con gases de efecto invernadero, el revestimiento del planeta de cemento y asfalto, así como la reducción de la biodiversidad y la proliferación de los monocultivos con sus efectos destructivos⁵. Este abuso y consumo egoísta del medioambiente, este apropiarse de él para usarlo en la conveniencia personal no era sino la expresión de un espíritu codicioso que desde los burgueses decimonónicos, hasta los neoliberales de finales del siglo XX, pasando por los neoclásicos de inicios del mismo siglo, no hacían otra cosa más que llevar a cabo la implementación de un proyecto de vida fundamentado en la monetarización de la

naturaleza, del llamado progreso científico de la producción.

⁴ Nos permitimos utilizar la sinestesia para remarcar la realidad que, presente a nuestros ojos, parecía no existir o no decir nada hasta antes de la década de los sesentas; la idea de un grito, de un estruendo, de un sonido que puede hacer imposible el desapercibimiento del mismo, esa es la imagen con la que bien podemos emular al movimiento ambientalista que a partir de los setentas

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

realidad, fundamentado en la idea de que la consecución de los ideales de vida están anclados en la capacidad de consumir naturaleza y naturaleza transformada, un proyecto de vida que se afana en la posibilidad de conseguir el mayor número de ganancias y consumo, con la menor erogación de gastos y en el menor tiempo posible:

" ... [que] el hombre real, con sus placeres y sufrimientos, con sus necesidades y exigencias, haya dejado de ser el centro del interés, y que su lugar haya sido ocupado por abstracciones: la ganancia y los negocios. Así el hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas, como lo había sido hasta el fin de las primeras etapas del capitalismo. Las aspiraciones del sujeto económico se orientan ahora hacia la mayor ganancia posible y la máxima prosperidad en el negocio..." (Sombart, 1977:179).

Con el incremento de la extracción, la explotación, la devastación, la contaminación y la transformación del medioambiente, a manos de los hombres de empresa, éste, el

cobrará presencia a partir de los estruendosos gritos acumulados por las diferentes publicaciones con las cuales, el propio discurso científico comenzó a hacer evidente la problemática (Folladori y Pierri, 2005) aún no naciente para los círculos oficiales, y si ya evidente para el planeta.

⁵ En este punto remitimos a los datos duros que sobre el Cambio Climático (2007) da el Grupo Intergubernamental de Expertos.

López, M.

medioambiente, empezó a ponerle voz a sus desgastes y al exterminio del que era objeto; fue así que los movimientos ambientalistas que irrumpieron en la segunda mitad del siglo XX, se convirtieron en esa conciencia y en esa voz que habría de expresar la queja sentida de los ecosistemas alterados, desgastados y agotados por las acciones globales de una economía que bajo el principio de la oferta y la demanda, y con el consecuente llamado de que el que puede pagar puede ordenar y consumir, se había dado a la tarea de llevar, hasta el absurdo y la criminalidad, su codiciosa tarea de agotar todos los ecosistemas del planeta. Fue la sensibilidad y el talento de hombres y mujeres de ciencia quienes desde sus plumas le pusieron voz al efecto trastornante que en el planeta se estaba dando por la gula económica del capitalismo, señalaron, entre tantas cosas, que los agroquímicos con los que se defendían las ganancias económicas del campo en realidad eran productos generadores de trastornos para la salud humana y para los equilibrios ecosistémicos (Carson, 1962), esas plumas señalaban también el riesgo del que era objeto la vida con el desarrollo tecnológico impulsor de los desarrollos bélico-nucleares (Commoner, 1972), de la misma forma en que explicitaban la pobreza que existía en el mundo (Dumont, 1968) y la agotabilidad de los componentes de la naturaleza, así como

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

también se escribió sobre la necesidad de adecuar la economía a esas condiciones de agotabilidad del planeta (Boulding, 1966); se crearon también organizaciones con fines de resguardo de la naturaleza como fue el caso de la Fundación Mundial Vida Silvestre en 1961 (WWF), la cual, como su antecedente la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN 1948), buscaba hacer un frente común de especialistas y conservacionistas en contra de la labor depredadora del espíritu de empresa de los liberales del siglo XX; así mismo, se llevaron acuerdos lo mismo en París (1960) que en Viena y Bruselas (1963), para revisar lo concerniente a los riesgos nucleares, de la misma forma que se discernió, en las más altas cúpulas de la diplomacia internacional, sobre al ambiente humano (Estocolmo 1972).

Fue entonces que los hombres y mujeres de empresa, ante el embate de los reclamos ambientalistas y empeñados en eternizar las estructuras de un mercado generador de injusticias sociales y de deterioros ecológicos, se dieron a la tarea de construir, buscando siempre prorrogar su estancia en el poder y sus ganancias económicas por el mayor tiempo posible, un complejo sofisma con pretensiones protagóricas, del cual se habría de desprender una enorme falacia de alcances televisivos.

El sofisma de los “Servicios Ambientales Gratuitos” (SAG) estuvo antecedido y

López, M.

sostenido por una especie de falso dilema, una especie de antinomia que, saliendo de las disertaciones teóricas de la economía, como ciencia que busca administrar la escases de los recursos, asaltó los escenarios cotidianos de los expertos e incluso llegó, como lo señalara Martínez Alier (2006), hasta los escenarios de vida de los inexpertos en el tema quienes no fueron más que avasallados por la realidad y consumidos por ella; este falso dilema ponía en duda o miraba como imposible que los individuos y las sociedades pudieran alcanzar el bienestar fuera de las leyes de un mercado cada vez más libre, por lo que el dilema se expresaba en términos de si el hombre podría vivir sin el mercado; el grito neoliberal exigía una dependencia y obediencia completa a las leyes del mercado (Friedman) para poder garantizar el desarrollo económico, premio último y máximo para toda sociedad por su obediencia a las leyes del mercado.

Respecto al sofisma éste se expresó, ya en la temporalidad del debate ambiental, de la siguiente forma: “Existe una creciente conciencia global acerca de los servicios que nos prestan los ecosistemas naturales. Sin embargo el valor de estos servicios ambientales y el costo a largo plazo de su pérdida no han sido tomados en cuenta en la toma de decisiones sobre la utilización y el valor de los mismos” (E.M. 2000); luego de dar el salto de la antinomia del mercado-

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

hombre, al sofisma de una naturaleza que pese a ofrecer servicios ambientales a los seres humanos estaba siendo destruida por éstos, luego de este paso, se logró construir la falacia en estos términos: si ponemos precio a los servicios que ofrece la naturaleza y obligamos a que los hombres piensen y actúen en función de la nueva condición de compra venta a la que debemos de circunscribir a esos recursos ofertados gratuitamente, si le hacemos pensar a la gente que el planeta no es otra cosa más que un oferente de bienes y servicios, entonces lograremos detener y revertir los daños que el derroche y el abuso de los hombres le han causado al mundo; a esta idea se unió una más que afirmaba que ante la acción contaminante por los procesos de producción se podía poner precio a esa contaminación y hacer que aquel que la llevara a cabo se obligara a pagar por ello a través de mecanismos que el propio mercado construiría para garantizar la conservación.

Quépanos decir, que el interés mostrado por el mercado sobre las problemáticas ambientales, al iniciar la década de los noventas, estuvo caracterizado por el firme supuesto de que sólo la intervención de una actitud y una acción económica podría salvar la reducción de la biodiversidad, detener los trastornos climáticos generados por causas antropogénicas y, también se podría con dicha actitud, contrarrestar el crecimiento de la

López, M.

pobreza y la pobreza extrema; el ingreso del mercado en los debates ambientales, luego del reconocimiento de los mismos, se realizó centrando y priorizando la atención en la necesidad de asumir una mentalidad económica para la consecución de cualquier propósito solucionador de las problemáticas:

“La aplicación del pensamiento económico a la utilización de la biodiversidad y los sistemas ecosistémicos puede ayudar a clarificar dos puntos clave: por qué la prosperidad y la reducción de la pobreza dependen del mantenimiento del flujo de beneficios procedentes de los ecosistemas; y por qué el éxito de la protección medioambiental debe cimentarse en unos buenos principios económicos...” (TEEB, 2010: 3).

El ingreso del discurso económico en dichas problemáticas, se dio con el novedoso acento, altamente sospechoso, de que ahora el mercado se mostraba sensible y preocupado ante los principales problemas ambientales del planeta, entendiendo por estos sólo los aspectos meramente físicos y de uso eficiente de los recursos naturales; el cambio climático, la pérdida de la biodiversidad y el crecimiento mundial de la pobreza serían atendidos con los nuevos acentos de una economía globalizada y con el propósito de encontrar nuevas respuestas que pudieran, sin poner en riesgo la producción y reproducción de ese sistema

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

económico globalizado y globalizador, encontrar las fórmulas para hacer compatibles la necesidad de conservar los recursos agotables y el deseo de obtener por medio de la producción un sin fin de ganancias económicas:

“Los Estados deberían cooperar en la promoción de un sistema económico internacional favorable y abierto que llevará al crecimiento económico y al desarrollo sostenible de todos los países, a fin de abordar en mejor forma los problemas de la degradación ambiental [...] teniendo debidamente en cuenta el interés público y sin distorsionar el comercio ni las inversiones internacionales” (ONU, Río 1992: 13-16).

La llegada del debate ambiental de la conservación, más allá de los escenarios que desbordaban las discusiones especializadas de los científicos, habría de darse en el inicio de los setentas (Estocolmo, 1972), coincidiendo con el reacomodo económico político que desde Davos (1971) se habría de gestar (Ralston, 1990). Con una nueva personalidad expresa en dos nuevas actitudes al respecto: el mercado se propuso, por un lado, afanarse, como nunca antes se le había visto, en temáticas de conservación y resguardo de la naturaleza, y por otro lado, se interesó, hasta la sospecha, por el resguardo de los bienes que le son comunes a todos los hombres haciendo parecer su veneración histórica por el bienestar

López, M.

individual (Sombart, 1977) como una acción de menor importancia ante el interés y la preocupación por los bienes que le son comunes a los colectivos;⁶ sin embargo y a pesar de los años transcurridos, la verdadera identidad neoliberal ya habría sido expuesta cien años atrás, cuando Rathenau describiera, desde la segunda mitad del siglo XIX, los rasgos que siéndole propios a esa mentalidad burguesa de los hombres de empresa, serían el sustento de los nuevos hombres del mercado ambiental, los cornucopianos (Man Yu Chang) generadores, defensores y promotores del tecnologicismo como fuente de toda solución y promulgadores del egoísmo individualista como virtud envidiable y a emular:

“Lo que ocupa y absorbe a todo hombre de negocios, lo que llena su vida y da sentido a su actividad, es el interés por su empresa. [...] El objeto en el que concentra el hombre de negocios su trabajo, sus preocupaciones, en el que cifra su orgullo y sus deseos, es su empresa, llámese comercio, fábrica, banco, compañía naviera, teatro o ferrocarril. La

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente empresa es para él como un ser de carne y hueso que, gracias a su contabilidad, organización y tratos comerciales, lleva una existencia económica independiente. El hombre de negocios no sabe de otro anhelo, no conoce otra preocupación que la de ver este negocio suyo crecer, hasta convertirse en un negocio floreciente, fuerte y próspero”
(Rathenau en Sombart. W. 1977:180)

La construcción del sofisma de la naturaleza como prestadora de servicios

Del resguardo del medioambiente que nació por la conciencia de la destrucción hecha a éste (1962), en los afanes capitalistas de un desarrollo económico y social, a los afanes de un mercado que mira en el deterioro medioambiental la diezma de su almacén, la reducción de su stock de bienes y una posibilidad sustanciosa de negocios (1992), no sólo existieron casi treinta años de por medio, sino que también se dio en ese lapso, la transición del falso dilema, al sofisma y de éste

⁶ Aquí es muy importante destacar que los llamados “bienes comunes” (Hardin), parten de un supuesto antropocéntrico que excluye a cualquier otro agente vivo o a cualquier proceso ecosistémico del uso de esos espacios naturales, lo que ya de por sí nos da una idea muy clara de los niveles de codicia en los que se mueve la discusión expropiadora del mercado; supongamos lo siguiente, en el caso del Mogote en la ciudad de La Paz (B. C. S. México), el hotelero en cuestión se apropia de toda la parte de mar y tierra que sin estar en el contrato de

arrendamiento hace uso y obtiene utilidad personalizada de ello, razón por la cual puede prohibir o limitar el acceso al lugar no sólo a la especie humana, sino también a todas las especies vegetales y animales que vayan en contra de lo que desde su perspectiva de “dueño” no va con el lugar y con sus afanes de riqueza: coyotes, zorrillos, aves, por citar sólo algunos, serán expulsados de esos espacios que comprenden su hábitat.

López, M.

a la falacia de los mecanismos del mercado para la conservación.

El sofisma se empezó a gestar con el anuncio de un mercado que, conservando las preocupaciones tradicionales de los hombres de empresa:⁷ utilidad y lucro en el menor tiempo y al menor costo posible, ahora también decía mostrarse preocupado por los trastornos padecidos por la naturaleza, la cual, dicho sea de paso, venía siendo explotada y devastada por ellos con estrictos fines económicos desde hacía ya más de doscientos años (Wallerstein); esta nueva preocupación, este atender preocupadamente los problemas del medioambiente, contrastaba diametralmente, y en ello se fincaba la sospecha, con el emblemático acento enajenante de un cierto tipo de canibalismo individualista que el capitalismo, en su calidad de padre del mercado, venía realizando sistemática y desvergonzadamente, y sin el

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

menor remordimiento, en contra del medioambiente entero. Este canibalismo individualista generador de millones de pobres y contaminador de todo el orbe (ONU, 2012), habría sido evidenciado, denunciado y combatido por la propia ONU en su calidad de organización guardiana de los asuntos internacionales en la Conferencia sobre el Medio Ambiente Humano (Estocolmo 1972), y habría de ser mayormente evidenciado por los millones de pobres y pobres extremos que se fueron generados con las políticas globalizadoras de producción y comercialización que, a partir de Davos (1971), se instrumentaron para darle continuidad a la obstinación del mercado por dirigir al mundo desde la arbitrariedad de una mano invisible que, en función de las leyes de la oferta y la demanda, quitaba: bienestar, dignidad y vida, a miles de millones de personas en todo el mundo. (Ralston, 1990)⁸.

⁷ Sombart hace en su obra *El Burgués*, una distinción sobre las diferencias existentes en la personalidad, o espíritu como él lo llama, que el espíritu burgués ha tenido en un espacio de aproximadamente cinco siglos (Segunda Parte Capítulo 8). (Sombart. 1977).

⁸ La más elemental de las recetas que el mercado establece sobre los precios de los productos nos dice que estos se mueven en función de la relación que se da entre el que ofrece un producto y aquel que lo quiere comprar, sin embargo, en el plano de los hechos las leyes las establecen lo que cuentan con un mayor poder económico, lo mismo en su calidad de oferentes que de demandantes. Pongamos el caso de un demandante poderoso y un oferente sin mayor poder que el de su trabajo, pongamos por caso a los agricultores de San Juan de los Planes en La Paz B.C.S., que es el caso de millones en

el mundo; ellos son agricultores de temporal y no cuentan con ningún apoyo o potencial económico que les permita liberar su agricultura de los vaivenes del clima, además de que no cuentan con potencial económico para almacenar adecuadamente su producción y para contrarrestar la naturaleza perecedera de la misma, en estas circunstancias empresas (demandantes) como Walmart, Soriana o algunas otras, aprovechan la necesidad de los agricultores y compran la producción, en caso de que así sea, a precios que le imposibilitan a los agricultores poder siquiera sacar lo necesario para sembrar en buenas condiciones los siguientes años. Bajo la premisa de una mano invisible que norma los precios en función de necesidades y potenciales, se oculta la libertad que se otorga al poderoso económicamente para que pueda, a través de la especulación con el hambre y con la vida, hundir en la miseria, en el caso de nuestro ejemplo, a millones

López, M.

Esta condición novedosa del mercado como propulsor de la conservación (Azqueta, 2002), no dejaba de mirar a la naturaleza en su condición de almacén abastecedor de bienes y servicios ambientales para la producción, sin embargo, esta nueva actitud le servía como pretexto o fundamento para emplazar una gran cruzada, que con membrete conservacionista, no hacía sino diversificar las formas de apropiarse, con fines de lucro, de la naturaleza entera; todas las propuestas contenidas en los llamados mecanismos de mercado para la conservación, todas ellas estaban constreñidas bajo el patrón relacional de la ley de la oferta y la demanda⁹. Sin embargo, esta condición novedosa de un mercado conservador, de un mercado ambientalista guardián de la naturaleza -y de sus servicios-, contrastaba diametralmente con las raíces que los primeros movimientos conservacionistas tuvieron en la Europa de finales del siglo XIX: *“El ambientalismo contemporáneo tiene raíces en diferentes tradiciones del*

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente pensamiento surgidas en el siglo XIX. A grandes rasgos, las raíces están en la crítica naturalista a la destrucción infringida a la naturaleza por la Revolución Industrial, y en la crítica social levantada contra los efectos sociales negativos de la industrialización y la colonización, impregnada por la idea de la necesidad de una profunda transformación social...” (Pierri, N. 2004:29-30).

Sin embargo y pese a este contraste que los hombres de empresa querían marcar, entre lo que su esencia y su historia nos decían que eran (Sombart, 1988; Weber, 1991) y lo que hoy en día apostaban por querer ser, pese a esta diferencia muy marcada entre su esencia como depredadores de la naturaleza y su apariencia de conservadores de los servicios de la naturaleza, los hombres de empresa generadores del libre mercado lograron construir el sofisma de los servicios ambientales que oferta la naturaleza, auxiliándose y valiéndose del discurso científico. El recorrido fue el siguiente: ya

de agricultores con sus familias al tiempo en que convierte en desperdicio toneladas de alimento; respecto al ejemplo de un oferente poderoso ante un demandante anémico, en nuestro país Telmex y Televisa, uno en el caso de la telefonía y el otro en el caso de la televisión, en su calidad de monopolios de las comunicaciones son el ejemplo más notorio de una mano invisible sometida al poder del dinero.

⁹ Muy al estilo del mercado en su calidad de oferente antimonopólico, el menú conservacionista es diverso: venta de bonos de carbón, subasta de servicios ambientales, servicios ambientales, transferencia de servicios ambientales, licencias o permisos transferibles o negociables, compensación por

pérdida de biodiversidad, etc.; sin embargo y a pesar de la variedad, podemos encontrar en todos ellos un rasgo distintivo y característico, el hecho de que con todos ellos lo que se trata es de compensar una acción contaminante que antes que detenerse lo que se hace es solaparla con la supuesta enmienda que implica que se erogue capital en proyectos de generación de biomasa o limpieza atmosférica. Se llena de concreto, se derriban todos los árboles y se llena de GEI una ciudad “x” con tres millones de habitantes y se compensa sembrando diez mil árboles en una ciudad “y” con doscientos mil habitantes, que a su vez carece de agua, alimento y condiciones de salud y de atención a la salud, dignas.

López, M.

habiendo hecho de la economía una ciencia positivista (Jevons, Walras) deslindándola de la economía política, su antecedente humanístico, y llevándola por los caminos de la física clásica hasta hacer de ella un proceso científico con el cual se podría resguardar y administrar la escases de los recursos, el siguiente paso fue buscar un conocimiento científico con mucha más alcurnia, mucha más historia y de más alta probabilidad en sus verdades para valerse de él; los estudios biológicos y su variable ecológica fueron el bastión con el cual se fueron asentando un cierto tipo de premisas con las cuales se consiguió construir el sofisma de que la naturaleza no era en realidad mayor cosa que la generosa ofertante de servicios; así, el discurso neoliberal convirtió a la naturaleza, por gracia y mandato del mercado, en una ofertante de servicios ambientales los cuales deberían, por consecuencia implícita, ser debidamente adquiridos bajo la premisa de que su costo debiera de ser trazado por la racionalidad propia del mercado (Azqueta, 2002); se construyeron así, con rigurosa probabilidad, los juicios científicos que describieron y pregonaron la estructura y la función de una enorme cantidad de organismos vivos, fue entonces que los procesos que por cientos de miles de años venían realizando, el árbol en lo particular y el bosque en lo general, se convirtieron bajo la

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

voz imperativa del mercado, en servicios ambientales de provisión, conservación, mitigación y hasta paisajísticos (SEMARNAT, 2011); el espíritu del bosque reverenciado por los sacerdotes y los poetas (Frazer 1980, Huidobro 1945, Gorostiza 1939), se convirtió, por un designio de la bolsa de valores, en un factor de compra venta, de especulación financiera y mercantil. Y no es que el sofisma estuviera contenido en los cientos de investigaciones que atestiguaban que un bosque puede ofrecerle al planeta: “[La] Captación, infiltración y provisión de agua de calidad, [...la] Conservación de la biodiversidad, [...la] Mitigación de los efectos del cambio climático mediante la captura y almacenamiento de carbono, [...la] Retención y formación de suelo [...y la] Belleza escénica” (SEMARNAT, 2011:5); ¡no!, el sofisma no estaba contenido ahí, ya que como se lo dijera Protágoras a Sócrates (Platón, 1990), los sofistas se cuidan muy bien de que siendo falso su discurrir, éste parezca y pase por ser verdadero sin necesidad de que así lo sea.

La verdad científica sobre la estructura y las funciones de cada componente orgánico o climático estudiado, no representaban el sofisma de los servicios ambientales, tampoco lo representaban las relaciones causales, hallazgadas por la ciencia, que nos dicen que luz, agua, bióxido de carbono y los nutrientes

López, M.

de la tierra generan el proceso neguentrópico por el cual el planeta transforma, a través de la vegetación, energía de alta entropía en energía de baja entropía, tampoco en esto estaba contenido el sofisma porque ese proceso era un proceso consumado por la naturaleza misma fuera de las alegorías de la ciencia y fuera también de sus esquemas estadísticos; la consumación del sofisma se lograba en el momento en el que los procesos y las funciones que los organismos vivos, en nuestro ejemplo los bosques, junto con los procesos climáticos, eran igualados por el discurso y los propósitos neoliberales del mercado, en su esencia y condición, a los procesos y funciones llevados a cabo por los prestadores de servicios como lo podrían ser los trabajadores de un hotel, los servidores de una flota de autos o el propietario de un restaurant; el sofisma se consumaba en el momento de nominar a la naturaleza como una prestadora de servicios e igualarla por su condición de servir, a la acción lucrativa y utilitaria del prestador de servicios que nos ofrece su propiedad para hospedarnos, transportarnos o alimentarnos, a cambio de un pago con el cual el servicio prestado queda pagado y deja de haber deuda o compromiso alguno con el prestador de servicio; el sofisma no pasaba por las funciones realizadas por la naturaleza o por las relaciones que guarda el bosque con el ecosistema entero al que

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

pertenece, el sofisma de los servicios ambientales pasaba por el hecho de incluir a la naturaleza en los universos epistemológicos y valorativos del mercado y desde ahí decir que ésta es una prestadora de servicios más de nuestro formato de vida consumista; el sofisma se concretaba quitándole a la naturaleza su ser, su esencia y llevándola con una analogía grotesca y criminal a una condición de mero objeto, de mera cosa que su resguardo o cuidado está sólo en función de su utilidad, pero que fuera de esta condición, pierde todo valor o importancia ante los ojos del mercado y de las personas también. El sofisma neoliberal de los servicios ambientales de la naturaleza, determinaba, desde el mercado, el valor de todos y cada uno de los organismos y de los componentes abióticos, dejando así completamente de lado la complejidad ecosistémica en la que se encuentran integrados todos y cada uno de los organismos vivos del planeta y el ser mismo de cada uno de ellos.

Enrique Leff (2009) habría señalado con acento crítico, que con la teoría económica la naturaleza aparece como una fuente infinita de recursos disponibles para su apropiación y transformación económica guiada por las leyes del mercado, sin embargo, y como bien lo señala Leff, la naturaleza no es una prestadora de servicios, por más que los discursos reduccionistas de la economía así

López, M.

nos lo obliguen a ver, o por más que en el día a día nos demos cuenta que todos nuestros bienes como especie nos vienen de la naturaleza: desde el alimento que sacia al hambre, hasta la tela que cubre la desnudez, lo mismo que el mineral o el vegetal con el que se construye el resguardo llamado casa, oficina o centro escolar, todos ellos son extracciones simples o complejas de la naturaleza, pero eso no hace de ella una prestadora de servicio y no debiera de hacer de nosotros sujetos inconscientes capaces de asemejar a la naturaleza con cosas sin mayor valor que el uso que de ella podamos obtener. Y más allá de las conferencias, los protocolos y los propósitos mundiales por detener y contrarrestar los efectos de la codicia y el egoísmo humano que se pertrechaban desde hacía ya más de doscientos años en un mercado que hoy en día se expresaba en un sistema mundo globalizado (Wallerstein); más allá del sofisma sobre como el mercado podría contrarrestar los efectos enfermantes del ambiente, más allá del sofisticado discurrir del mercado, la verdad era que pese al sofisma de los servicios ambientales, en lo que respecta a la parte humana, el padecimiento de los efectos criminales que la pobreza alimentaria genera en la salud orgánica, mental y social de todos aquellos que la padecen, sigue aumentando cuantitativa y cualitativamente abarcando, a veinte años de “Nuestro Futuro

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente Común”, a más de una tercera parte de la población mundial, mientras que en los efectos del calentamiento global las emisiones de GEI siguen incrementándose de la misma forma en que se incrementa la pérdida de la biodiversidad:

“A fin de alcanzar el desarrollo sostenible, la protección del medio ambiente deberá constituir parte integrante del proceso de desarrollo y no podrá considerarse en forma aislada [...] Los Estados deberán cooperar con espíritu de solidaridad mundial para conservar, proteger y restablecer la salud y la integridad del ecosistema de la Tierra. En vista de que han contribuido en distinta medida a la degradación del medio ambiente mundial, los Estados tienen responsabilidades comunes pero diferenciadas. Los países desarrollados reconocen la responsabilidad que les cabe en la búsqueda internacional del desarrollo sostenible, en vista de las presiones que sus sociedades ejercen en el medio ambiente mundial y de las tecnologías y los recursos financieros de que disponen.” (ONU, 1992: 4-7).

La falacia del pago por servicios ambientales y los mecanismos de mercado para la conservación como solución del problema

Realizada la reducción de la naturaleza, por parte de la economía ambiental, a sus

López, M.

instancias procedimentales de captar y filtrar, conservar, mitigar y retener, lo mismo los contaminantes del agua que los efectos del cambio climático o la biodiversidad en general, una vez hecho este proceso cartesiano por el cual el todo es concebido y caracterizado por sus partes, una vez hecha la cosificación del medioambiente e ignorada la condición compleja de éste, el siguiente paso que el mercado llevó a cabo para hacer de las externalidades de la economía un producto más a consumir, y ya sustentado en el sofisma de los servicios ambientales, fue la construcción de la falacia de que para conservar era necesario cobrar y/o pagar económicamente por esos servicios.

Todo este proceso por el cual una falla del mercado -sus externalidades- habría de convertirse en un negocio muy rentable, habría comenzado en un pasado decimonónico en el que se habría considerado al egoísmo (Smith) como el sentimiento rector de las acciones económicas de los hombres; habría avanzado con la idea de que la escases y la utilidad (Jevons, Menger y Walras) son factores determinantes para darle valor a una mercancía o a un objeto cualquiera, este camino habría continuado bajo el abrigo de la idea de que toda intervención del Estado que atente contra el libre albedrío de la mano invisible es perjudicial, retrograda y lastima la estructura misma de la economía global y con

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

ello la armonía democrática de los Estados (Friedman), y este camino de la rentabilidad de las externalidades se habría de consumir, estableciendo, primeramente, que los bienes comunes (Hardyn) que carecen de un guardián (propietario) son presa fácil del deterioro o del exterminio de los mismos, y seguidamente sosteniendo que todo aquel que contamine y ponga en riesgo el equilibrio medioambiental está obligado a enmendar económicamente dicho desequilibrio procurando alcanzar siempre un acuerdo donde las partes involucradas en el deterioro ambiental salgan ganando (Coase).

Es importante reconocer que el camino por el cual se llegó a construir la idea de que el medioambiente es necesario resguardarlo sometiéndolo a la dinámica del mercado, no habría sido fácil de construir y mucho menos si se explicita que quienes ahora pugnaban por mercantilizar su resguardo y su conservación, tenían en sus venas los fundamentos teóricos de aquellos que habrían construido las tesis desde las cuales se habría fundamentado la acción depredadora en contra del medioambiente; de la misma manera, es importante destacar que tampoco era fácil hacer de la ejecución de un perjuicio medioambiental, un motivo de ganancia económica. Sin embargo, con la estrategia del pago por servicios ambientales y de los mecanismos de mercado para la conservación,

López, M.

los hombres del espíritu de empresa (Sombart) se construyeron, no sólo la mejor forma de eludir una responsabilidad ética con el planeta entero, sino que además lograron conseguir, con el pago de sus externalidades ambientales, una nueva forma de hacer negocio y obtener una rentabilidad de esas externalidades.

Poder hacer del daño de otros un beneficio personal, o del beneficio personal un daño para los demás, ese habría sido un camino muy transitado por la economía en todo el siglo XX a través de las externalidades de la producción, y su auge se habría dado a partir del momento en el que ésta, la economía, se habría constituido en una ciencia positivista separándose para ello del ramal humanístico que la habría consolidado como economía política ocupada en la resolución de los trastornos generados por los procesos de generación de la riqueza (Marx); con el asalto de su revolución, los marginalistas, y subsecuentemente los llamados neoclásicos, habrían ingresado a la escena de la economía trastocando el sentido social que la teoría del valor clásica le habría dado al trabajo de los productores e incrementando los trastornos que la producción le generaba a la naturaleza entera:

“La Escuela Neoclásica continuará la devaluación de la naturaleza y los bienes comunes que había comenzado con J. Locke, y también la devaluación del

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente trabajo. De este modo rechazan todo valor objetivo por el subjetivo de la utilidad marginal de forma tal que el valor, -y la teoría del mismo- acaba siendo sustituido por el precio- y la teoría del mismo” (Ballesteros, 2012:251).

Los neoclásicos habrían señalado que la utilidad y el provecho que obtenemos de las cosas va reduciéndose marginalmente con su crecimiento o con su uso, habrían establecido que el beneficio y la escases de las mercancías eran indicadores suficientes para poder, a partir de ellos, tazarle el precio a cualquier mercancía, y habrían sostenido también, siguiendo el sofisma de la inagotabilidad de los recursos y del egoísmo filantrópico, la idea de que, económicamente, era necesario crecer, crecer y crecer sin mayor límite que el de los propios recursos y el de las propias genialidades; el *laissez faire* pregonado por todos los rincones europeos del siglo XIX conspiraba a favor de la idea de que la codicia de algunos individuos podría llegar a magnitudes tales que desde su egoísta ambición, este sujeto caía en la irremediable condición de beneficiar a los que colaborasen con sus propósitos de enriquecimiento económico; éste habría sido el camino de crecimiento económico trazado por los neoclásicos, su fuente de aprovisionamiento y resguardo habría sido la naturaleza, mientras que el trabajo de los otros habría sido el

López, M.

impulso transformador, por esta razón, para la perspectiva de crecimiento de la economía neoclásica, era fundamental la libertad que se le pudiera conceder al hombre de empresa de poder tomar, para sus fines de producción, cualquier porción de la naturaleza, al tiempo en que era necesario que esa naturaleza no tuviera el gravamen de no tener propietario, porque la consecuencia de esto, el de no estar bajo el régimen de la propiedad privada, representaba para la naturaleza un verdadero riesgo para su subsistencia, además de representar una verdadera afrenta en contra del principio fundamental del sistema capitalista: la existencia de la propiedad privada:

“Y ahí está la tragedia. Cada hombre está encerrado en un sistema que lo impulsa a incrementar su ganado ilimitadamente, en un mundo limitado. La ruina es el destino hacia el cual corren todos los hombres, cada uno buscando su mejor provecho en un mundo que cree en la libertad de los recursos comunes. La libertad de los recursos comunes resulta la ruina para todos [...] ¿Qué debemos hacer? Tenemos varias opciones. Podemos venderlos como propiedad privada. Podemos mantenerlos como propiedad pública, pero asignando adecuadamente quien ha de entrar. Esto debe ser con base en la riqueza, a través del uso de un sistema de adjudicación” (Hardyn, 1995:7-9).

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

La idea de que toda porción de la naturaleza debiera de caer bajo el régimen de la propiedad privada para poder garantizarle su resguardo y su consecuente conservación, esta idea sin ser un consecuente directo, también estaba enfilada, como buena hija del mercado, en el sentido de aquella otra idea que determinaba que toda vecindad pese a poder generar una serie de externalidades negativas pudiera muy bien ser aceptada o tolerada si los trastornos de esas externalidades pudieran ser compensadas económicamente, consiguiendo con ello la fórmula económica de gana-gana. Ronald Coase habría señalado al respecto que: “Está claramente definido que el carácter de la vecindad es relevante a la hora de decidir si algo constituye o no una molestia...” habría dicho también que: “...la comparación entre la utilidad y el daño producido es un elemento de la decisión sobre si un efecto perjudicial debe o no considerarse molestia. (Coase en Aguilera y Alcántara,1994: 57-58); ambas ideas, aquella que consigna que la propiedad común(Hardyn) -la propiedad de la que todos pueden participar de sus beneficios sin erogar ningún costo por ello- es la propiedad que conduce a la ruina a todos ya que carece de guardián (Ostrom, 2009) que la proteja y mantenga, por lo que se vuelve en un verdadero imperativo acabar con ella a través de la privatización, la renta o la concesión; esta idea aunada a aquella otra idea de que toda

López, M.

externalidad negativa causada a un vecino en aras de una acción ventajosa o provechosa para aquel que la comete, puede ser correctamente aminorada o acabada bajo acuerdos económicos que puedan generar un arreglo con el que todos pudieran salir ganando (Coase), ambas ideas habrían de ser sustantivas para consolidar la falacia, impuesta por el mercado, de que la conservación del medioambiente puede lograrse siempre y cuando pongamos un precio a las externalidades negativas que le causamos al vecino –en este caso el medioambiente mismo–, y siempre y cuando, también, podamos tener perfectamente delimitada y asignada en propiedad toda la naturaleza.

Ahora bien, resulta importante destacar los perfiles de la falacia del mercado, el cual se dio a la tarea de ponerle precio a la posibilidad de seguir contaminando el ambiente, otorgándole cierta inmunidad moral a todos aquellos que por tener dinero podrían darse el lujo de trastornar o agotar el ambiente; y pese a que el mercado habría dado el aval moral para que se pudiera abonar a favor de la naturaleza desde el propio mercado sin dejar de externalizar negativamente, la realidad no dejaba lugar a dudas respecto a la acción falaz del mercado en los procesos de conservación:

“Reconocemos que el cambio climático es una crisis intersectorial y persistente y expresamos

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente nuestra preocupación

ante el hecho de que la magnitud y gravedad de los efectos adversos del cambio climático afectan a todos los países y debilitan la capacidad de todos ellos, en particular de los países en desarrollo, para lograr el desarrollo sostenible y los Objetivos de Desarrollo del Milenio y ponen en peligro la viabilidad y la supervivencia de las naciones. Por consiguiente, recalcamos que para luchar contra el cambio climático se requieren medidas urgentes y ambiciosas” (ONU, 2012:25).

La propuesta de erigir al mercado, y en nuestro caso el mercado neoliberal, como un mediador entre la acción que contamina o depreda al ambiente y los propósitos de conservación del mismo, habría sido, en esencia, un contrasentido lógico, una desmedida de la racionalidad instrumental (Weber), un acto de intolerancia económica que disfrazada de plenitud cognitiva y de pulcritud valorativa, nos habría obligado a creer que el dinero podría resolver todas las situaciones conflictivas que pudieran presentársenos en la vida: el exterminio cultural, la fatalidad de la hambruna, el agotamiento de la biodiversidad o el calentamiento global del planeta.

La falacia construida por el mercado a propósito de que por la gracia de sus instrumentos para la conservación era posible

López, M.

conseguir la conservación del medioambiente, esta idea se pregonó anclándose en el sofisma de que el medioambiente ofrece servicios que deben ser pagados y también se ancló en dos supuestos nada científicos: el primero establecía que todo bien común debe de ser motivo de apropiación, porque de lo contrario se corre el riesgo de su mal uso en manos de la ignorancia y/o la indiferencia, porque el egoísmo natural de los hombres los conduce a tratar de aprovecharse siempre en beneficio personal; el segundo supuesto, nada científico, establecía que todo trastorno que pueda generarse en la persona o propiedad de nuestros vecinos puede ser compensado con instrumentos económicos, de modo tal que bajo el supuesto del poder ganar todos, era posible llevar a cabo cualquier acción en búsqueda del beneficio económico individual, sin importar las externalidades negativas que esto pudiera traer porque con la compensación económica se podría generar una reducción, una eliminación o una compensación de dichas externalidades.

La falacia implicaba sostener al egoísmo como el motor de toda acción humana, pero a diferencia de como lo había sostenido Smith quien habría visto en ese egoísmo la fuente del enriquecimiento individual y social, a diferencia de estos consecuentes obtenidos de la acción egoísta de los hombres, ahora el egoísmo era visto por Hardyn, como el factor

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

determinante del mal uso y posible agotamiento de los llamados bienes comunes; el egoísmo se habría transformado entonces, de ser un motor de bienestar individual –con su consecuente externalidad de beneficio social- a ser un factor de riesgo para el medioambiente. Sin embargo, la falacia no estaba en este hecho, no era la advertencia en contra del egoísmo lo que convertía en falaz la apuesta por el pago de servicios ambientales y con ello a los mecanismos de mercado para la conservación, la falacia estaba circunscrita en el hecho de pasar a todas las estructuras y las funciones del planeta al régimen de propiedad privada, la falacia consistía en volverle a dar al género humano, como lo hiciera Bacon, la potestad y el dominio sobre la naturaleza entera; hacer del planeta entero un objeto de propiedad de la especie humana, y concretamente hacer de la acción económica el factor determinante de los destinos de la biodiversidad completa, en eso consistía la nueva falacia con la cual se quería mitigar la contaminación..., contaminando.

Y así, al igual que el Rey Midas cuya codicia lo llevó a despersonalizar todo lo que tocaba hasta convertirlo en oro, así también, la codicia enajenante de los creadores del mercado le fue arrancando todo espíritu y toda identidad a todo el medioambiente que tocaban con el propósito de convertirlo en su

López, M.

oro; pero a diferencia del Rey mitológico que encontró en su deseo y ambición su propia e individual perdición, con la ambición de los creadores del mercado, con su ambicioso roce productivo generador de utilidades individuales y externalidades sociales, la perdición y la fatalidad no sólo fue llegando para ellos, sino que estos hombres le fueron haciendo llegar la muerte a los cientos de millones de hombres que producían para ellos y también fueron matando a todo el medioambiente por completo, con cifras contundentes que desnudaban la falaz imagen salvadora del pago por servicios ambientales y la de los mecanismos de mercado para la conservación, mostrándonos con ello que estos instrumentos de mercado eran en realidad verdaderos jinetes apocalípticos cuya presencia no podía ser ya ni obviada ni mucho menos ignorada porque la repercusión de sus acciones, ya habría alcanzado todos los rincones del planeta.

Pero no era sólo eso, la falacia también se habría sostenido bajo la idea de que los hombres pueden conducirse racionalmente y arreglar sus diferencias desde la misma razón, acordando y conviniendo sobre los consecuentes de sus acciones y apostándose en favor del bienestar propio sin poner en riesgo ninguna propiedad o ningún beneficio económico de sus vecinos; la idea de consumir acciones productiva que, pese a sus

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

externalidades negativas, les permitieran alcanzar la fórmula de gana-gana, fue fundamental para hacer creer que el mercado podía muy bien ser el gestor de estos logros de la racionalidad que pone en acuerdo y consume beneficios en dos o más sujetos económicos que tienen diferentes giros productivos pero que mantienen una misma finalidad económica: la ganancia. Es un hecho que la falacia no estaba en el uso de la razón para acordar y convenir ante las diferencias, la falacia estaba en hacer creer – y actuar en función de ello- que los acuerdos entre dos o más sujetos económicos para conservar su ganancia son lo suficientemente importantes como para negar los trastornos ambientales que la producción puede generar, sea el caso del agotamiento de los bosques o la extracción de hidrocarburos; la falacia se concreta en el momento en que se hace creer que compensar económicamente a las comunidades cuyo hábitat ha sido deforestado basta para evitar los consecuentes ambientales que habrán de generarse en los ecosistemas afectados; la falacia del mercado como benefactor ambiental, se evidencia en el momento en que el beneficio económico de la producción se pone en riesgo por la disyuntiva ambiental, en el momento en que la racionalidad que conviene y acuerda, tiene como prioridad y objetivo último la ganancia económica por sobre el resguardo ambiental, y en el momento

López, M.

en que el interés antropocéntrico encuentra en el egoísmo y en la codicia sus formas de racionalizar la realidad y de convenir entre ellos los acuerdos de gana-gana.

Smith (1990) habría afirmado que la razón entrega al hombre las formas y los instrumentos que le permiten mantenerse, apropiada y convenientemente, en las cuestiones que competen a su subsistencia como ente natural circunscrito a los vericuetos de la alimentación, el cobijo y la salud; Weber (1991) por su parte, afirmaría que es la racionalidad formal el prototipo de la racionalidad moderna que se decanta en los vaivenes de la economía y el cálculo comercial, mientras que Coase (2004) habría propuesto jurídicamente que las externalidades en la vecindad pueden eliminarse, reducirse o compensarse racionalmente desde un juicio sano y sin poner en riesgo nuestra calidad de sujetos de mercado altamente consumidores de recursos; por su parte, Hardyn (1971) le habría puesto la etiqueta de indeseables a los bienes comunes mientras que Friedman (2004) habría acusado de criminal la participación del Estado en los devenires del mercado, al tiempo en que Hayek habría sostenido la necesidad de conducirnos, económicamente, con una ética que se olvidara de cualquier sentimentalismo ramplón y se sostuviera en la poderosa idea de la sobrevivencia de los más ricos. Todo este ir

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

y venir de las ideas habría de encontrar, junto con muchas otras ideas más, los sofismas y las falacias suficientes para hacer del medioambiente un prestador de servicios y de la acción humana que depreda al planeta, un instrumento de mercado con el cual poder hacer negocios ambientales altamente rentables y sin la menor pretensión real y efectiva de sustentabilidad, y habrían sido los pilares epistemológicos y valorativos de los que se valdría el espíritu empresarial para hacer del aniquilamiento del planeta, un negocio altamente rentable que consume la vida entera:

“Reconocemos que, a tres años de que concluya el plazo previsto para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio en 2015, si bien en algunas regiones se ha progresado en la reducción de la pobreza, ese progreso no ha sido uniforme y en algunos países sigue aumentando el número de personas que viven en la pobreza [...] Observamos con preocupación que la salud de la diversidad biológica de los océanos y los mares se ve afectada negativamente por la contaminación marina, incluidos los detritos marinos, en especial los plásticos, los contaminantes orgánicos persistentes, los metales pesados y los compuestos nitrogenados [...] Reafirmamos que el cambio climático es uno de los mayores problemas de nuestro tiempo y expresamos profunda alarma porque las

López, M.

emisiones de gases de efecto invernadero siguen aumentando en todo el mundo. Nos preocupa profundamente que todos los países, en particular los países en desarrollo, sean vulnerables a los efectos adversos del cambio climático y ya estén experimentando mayores efectos, entre ellos sequías persistentes y fenómenos meteorológicos extremos, aumento del nivel del mar, erosión costera y acidificación de los océanos, que amenazan todavía más la seguridad alimentaria y las medidas para erradicar la pobreza y lograr el desarrollo sostenible (ONU, 2012: 105, 163, 190).

Bibliografía

Abbagnano, N. (1994) *Historia de la Filosofía*. FCE. México.

Aguilera, F y Alcántara, V. (1994). *De la Economía Ambiental a la Economía Ecológica*. ICARIA. Barcelona.

Aristóteles (1995) *Metafísica*. Tecnos. Madrid.

Aubert, J. (1987) *Filosofía de la Naturaleza*. Herder. Barcelona.

Augusto Maya (2002) *El Retorno de Ícaro: la Razón de la Vida*. PNUMA. Bogotá.

Bacon, F. (2011) *Nuevo Órganon*. Tecnos. Barcelona.

Ballesteros, J. (2012) “Escuela Neoclásica, Valores y Derecho” en Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho No 26 ISSN: 1138-9877 en

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

revista electrónica de la Universidad de Madrid.

CEFD. Madrid.

Barret, W. (1977) *El Hombre Irracional*. Herder. Barcelona.

Bauman, Z. (2009) *Vida de Consumo*. FCE. México.

Becker, E. (1980) *La Estructura del Mal*. FCE. México.

Burry, J. (2009) *La Idea del Progreso*. Alianza Editorial. Madrid.

Carrizosa, J. (2000) *Qué es el Ambientalismo*. PNUMA. Bogotá.

Carson, R. (2010) *Primavera Silenciosa*. Editorial Crítica. Argentina.

Commoner, B. (1972) *El Círculo que se Cierra*. Plaza Jane. México.

Copleston (2003) *Historia de la Filosofía*. T. II y IV. FCE. México.

Darwin, C. (1997) *El Origen de las Especies*. Universidad Veracruzana. México.

Dawkins, R. (1986) *El Relojero Ciego*. Logman. Barcelona.

De Sousa (2009) *Una Epistemología del Sur*. S-XXI. México.

Ídem (2010), *Descolonizar el Saber. Reinventar el Poder*. Trilce. Montevideo.

Einstein, A. (1990) *Mi Visión del Mundo*. Nueva Alianza. Madrid.

Eggers Lan (1984) *Las Nociones de Tiempo y Eternidad de Homero a Platón*. UNAM. México.

López, M.

Escobar, A. (1999) *Cultura, ambiente y política en la antropología contemporánea*. Instituto Colombiano de Antropología. Colombia.

Field, B. (2000) *Economía Ambiental*. Mc. Graw Hill. Colombia.

Gaos, J. (2002) *Antología Filosófica*. Biblioteca Virtual Universal.

García Morente (1976) *La Ética de Kant*. Austral. Buenos Aires.

García Pelayo (1959) *El Reino de Dios, Arquetipo Político*. Revista de Occidente. Madrid.

Gudynas, E. (1999) *Concepciones de la naturaleza y desarrollo en América Latina*. Santiago de Chile.

Ídem. "Persona y Sociedad". 13 (1): 101-125, abril de 1999, Santiago de Chile.

Hardyn. (1995) "La Tragedia de los Comunes".

Traducción de Horacio Bonfil Sánchez. Gaceta Ecológica, núm. 37, Instituto Nacional de Ecología, México, 1995. <http://www.ine.gov.mx/>

Hayek, F. (1999) *La Arrogancia Fatal*. Alianza Editorial. Madrid.

Heidegger, M. (1988) *De Camino al Habla*. Lozada. Buenos Aires.

Hegel, G. (1985) *Lecciones sobre la Historia de la Filosofías*. Tres tomos. FCE. México.

Hirschman (1978) *Las Pasiones y los Intereses*. FCE. México.

Homero. (2004) *La Ilíada*. Ed. Cátedra. Madrid.

Jaeger, W. (1980) *La Paideia. Los Ideales de la Cultura Griega*. FCE. México.

Klein, N. (1995). *No Logo*. Gedisa. México.

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

Lakatos (1993) *Historia de la Ciencia*. Ed. Tecnos. Madrid.

Leff, E. (2007) *Las Ciencias Ambientales: una Nueva Área del Conocimiento*. RCFA. Bogotá.

Ídem. (2009). *La Racionalidad Ambiental. La Reapropiación Social de la Naturaleza*. S-XXI. México.

Ídem. (2010) *Discursos Sustentables*. S-XXI. México.

Ídem. (2000) *La Complejidad Ambiental*. S-XXI. México.

Ídem. (2000b) *Los Problemas del Conocimiento y la Perspectiva Ambiental del Desarrollo*. S-XXI. México.

Ídem. (2007b) *Saber Ambiental*. S-XXI. México.

Marcuse, H. (1985) *El Hombre Unidimensional*. Planeta. México.

Marx, K. (2001) *El Capital*. Tres Tomos. FCE. México.

Martínez Allier, J. (2006) *El Ecologismo de los Pobres*. Icaria Editores. Barcelona.

Ídem. (2013) *Economía Ecológica y Política Ambiental*. FCE. México.

Medina, E. (1989) *Conocimiento y Sociología de la Ciencia*. S-XXI. España.

Miguel De Pablos (2009) *Filosofía de la Naturaleza*. Ed. Kairos. Barcelona.

Michelin y Monteforte. (2008) *Del saqueo a la conservación: Historia ambiental contemporánea de Baja California Sur, 1940-2003*. UABCS.

México.

López, M.

Naredo, M. (2012) *Sobre el Origen, el Uso y el Contenido del Término Sostenible*.

<http://habitat.aq.upm.es/cs/p2/a010.html>.

Nietzsche, F. (1990) *Genealogía de la Moral*. FCE. México.

Ídem. (2000) *El Nihilismo Escritos Póstumos*. Península. Barcelona.

Noriega (2007) *Las Ciencias Ambientales: una nueva área del conocimiento*. RCFA. Bogotá.

ONU. (1972) Declaración de Estocolmo.

Ídem. (1992) Declaración de Río de Janeiro.

Ídem. (2012). Declaración Rio+20.

Platón (1998) *Diálogos* Tomos: I, II, III, IV V. Gredos. Madrid.

Porto Goncalves. (2006) *El Desafío Ambiental*. PNUMA. México.

Prigogine, I. (2009) *El Fin de las Certidumbres*. Taurus. Madrid.

Ralston, S. (1998) *Los Bastardos de Voltaire*. Ed. Andrés Bello. Santiago de Chile.

Ídem. (1997) *La Civilización Inconsciente*. Anagrama. Barcelona.

Romano y Tenenti (2005) *Los Fundamentos del Mundo Moderno*. S-XXI. México.

Sombart. (1977) *El Burgués*. Alianza Editorial. Argentina.

Spinoza, B. (2002) *Ética Demostrada según el Orden Geométrico*. FCE. México.

Van Dulmen, R. (2004) *Historia del Pensamiento Moderno*. S-XXI. México.

Villoro, L. (1999) *Formación del Pensamiento Moderno*. FCE. México.

Mucho mercado para la conservación y muy poca sustentabilidad para el ambiente

Wallerstein, I. (2005) *Las Incertidumbres del Saber*. Gedisa. Barcelona.

Ídem. (2002). *El Sistema Mundo*. S-XXI. México.

Zeller, E. (1968) *Fundamentos de la Filosofía Griega*. Siglo Veinte. Buenos Aires.